

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.858



Mi primo don Diego,
secretario de Embajada

LA REINA DE LOS LIMONES

ESBOZO DE FARSA NOVELESCA
POR MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN

de los cánones de la elegancia, que no podía por menos de observar un joven diplomático. En octubre, un mundano debe aburrirse en París. No es la *saïson*, y mi primo se aburría dignamente.

—Octubre—decían despectivamente en la Embajada—. Mes de libros viejos y de isidros españoles.

—Octubre—decía melancólicamente el embajador—. Mes en que mis gastos de representación se van íntegros en convidar a comer a los españoles distinguidos de paso por París. Esta Embajada tiene servidumbre de pastos.

Y era verdad. Embajador y secretarios no daban abasto en dar almuerzos (dar almuerzos es más barato que dar comidas, y se sale igualmente del paso) a sus compatriotas, socios del Nuevo y de la Peña, ex ministros, jóvenes *sportsmen*, que alargaban el viaje a París desde Biarritz para tomar un whisky en Maxim's,

salas de recreo de los círculos llamados aristocráticos.

Narro todos estos sinsabores que el mes de octubre guarda para los diplomáticos españoles destinados en París, con el solo objeto de disculpar la falta que mi primo cometió aceptando una invitación extravagante, de la cual se le derivaron graves disgustos y contrariedades.

Y ya, sin más ambages, referiré lo sucedido.

Cierta tarde, cuando Diego de Almagro remontaba la Avenue Kléber en busca de su casa, dióse de bruces con el *árbitro de las elegancias* parisino, con el propio Marcel de la Faisandière, que, muy paqueto en su terno flamante color gris *ardoise* (tono que lanzaba aquel año por encargo de un sastre adquirente a bajo precio de un *stock* importante de aquella tela, en moda hacia cuatro lustros), se aproximó a nuestro don Diego con una

—¡Ah! Sí. La Embajada. ¿Marruecos? No es eso. Mucha cuestión de Marruecos. No; no pregunto. Sé que es indiscreto preguntar a los diplomáticos.

—Sí. Es indiscreto, porque como no sabemos nada de nada, se nos pone en el brete de callarnos o de responder una parrucha...

—¡Qué ingenio, qué ingenio! Graciosa, su *boutade*.

—¿Y usted, cómo en París?

—Estuve en Dinard para dirigir el cottillón verde con motas azules; una creación divertidísima mía, que pienso dar este año en algunos salones de París. Allí ha tenido un éxito loco, *fou, fou, fou*. La duquesa de Yorshire, ya sabe, una de las primeras damas de la sociedad londinense, guardó cama tres días para descansar de lo que se divirtió. Imagínese que hay una figura en que todas las señoras tienen que dar vueltas al salón sal-

CUANDO mi primo y *alter ego* Diego de Almagro, jefe de nuestra noble Casa, que cuenta al conquistador del Perú y Chile entre sus ilustraciones, regresó a París para ocupar de nuevo su puesto de secretario en la Embajada de Su Majestad, había finado septiembre. Era mi primo en aquella época un mozo galante y mundano, muy traído y llevado en los camiliones de la vida de sociedad, donde su espíritu, alegremente burlón, encontraba ancho campo de triunfos: quiero dar a entender que mi primo estaba entonces a la moda, o, como solemos decir, en candelero.

Ausentes de París la mayor parte de sus amigos, que prolongaban en los castillos el veraneo elegante, comenzado en Deauville y continuado en Dinard y Biarritz, Diego de Almagro se aburría. Levantábase tarde, daba un paseo por la Avenida del Bosque, almorzaba con alguno de los compatriotas que por esa época se dejan caer por París y se encerraba en la Cancillería de la Misión, alojada por aquel entonces en la antigua cochera de un hotel que enfrentaba el provinciano Parque Monceau.

El local era húmedo y estrecho, falto de luz, oliente a papeles viejos, a ratones y a diabluras del gato; así llamaba el conserje a los residuos digestivos del felino que se había entronizado en la Embajada de España so pretexto de perseguir a los roedores de quienes su raza es tradicionalmente enemiga, pero con los cuales fraternizaba en realidad el morrongo diplomático. En tan ameno lugar, y en la tarea abstrusa de copiar alguna minuta o de cifrar tal cual telegrama, cuyo contenido, muy peligroso para ser enviado en claro, era generalmente la copia de un artículo del *Temps*, pasaba las horas de la tarde, y a veces llegábanle las de la noche, con el anhelo irreprimible de largarse. Cambiaba de ropa, iba-se a comer a cualquier restaurante, y a pie, aburrido y solitario, encaminábase, después de media noche, hacia su albergue, sito en las inmediaciones del Arco de la Estrella.

Mi primo estaba perfectamente dentro



comprar una corbata en casa de Doucet y asistir un par de noches a Olimpia o Folies Bergère. En total, nada. Ocurrencias inocentes de estudiantes de Instituto, pero que luego daban mucho cartel en el bar del Palace madrileño o en las

afectuosidad de muy buen tono, picada de cierta petulancia.

—*Mon cher*. Usted en París ahora—le dijo—; cómo debe aburrirse.

—De muerte, mi querido Marcel; pero los deberes de la Embajada...

tando a patita coja hasta que se rinden de fatiga. La que resiste más es la vencedora, y baila conmigo una vals *renversée*.

—¡*Affolant!*

—Después, he pasado tres días en el

castillo de los duques de Grammont, una semana en la Vallière con los Rothschild, dos horas y media en Montbrisson con los Vaifleaux, y ahora voy a casa de la Reina de los limones.

—¿La Reina de los limones?



—¡Ah! Sí. Ciertamente que no la conoce usted. Es una archimillonaria americana, la mujer de ese financiero genial que haciendo el *trust* de los limones ha conseguido encarecer la limonada y llenarse de oro. Llegó la Reina a París hace tres años; pero, mal piloteada, no ha logrado conocer a nadie ni ser recibida en ninguna parte, a pesar de que tira el dinero a espuestas. Ahora, algunos amigos han alcanzado que la tome yo bajo mi alta protección, y voy a lanzarla. Por eso me encuentro en París. Estoy organizando en el castillo de Ville d'Avray, antigua residencia de Napoleón, hoy propiedad de Su Majestad la Reina de los limones, unas cuantas series como las de Compiegne; pero más *chics*, más *fashionables*, más vertiginosas. Ya sabe usted: series de invitados que vivirán ocho días en el castillo, para ser sustituidos luego por otros que estarán una semana, y luego por otros. Las fiestas menudearán en Ville d'Avray. Combinaré, intrigaré, inventaré. Yo le garantizo que conseguiré lanzar a la Reina de los limones, y que Su Majestad citará en la figura del presente invierno en la sociedad parisense. Cuento con usted. ¡Espere un momento! Sí; hoy mismo, hoy mismo puedo llevarle a Ville d'Avray. Hay sitio.

—¡Hombre, por Dios! Ni conozco a esa señora ni puedo dejar ahora la Embajada, cuando acabo de volver del veraneo.

—¡Oh! Me conoce usted a mí. El Estado soy yo, decía Luis XIV. Yo soy la Reina de los limones, exclamo yo, Marcel de la Faisandière... Además, el castillo está a treinta kilómetros de París por carretera admirable. Puede usted ir y venir todos los días a su oficina. La Reina de los limones pone a su disposición un automóvil.

—¡No; no iré! No insista, mi querido Marcel.

—¿Cómo, me desdén usted? ¿Acaso cree que su elegancia padecerá por venir a Ville d'Avray? Sepa que están convidando al rey de Lacedemonia, un príncipe báltico, la duquesa de Fontainebleau...

—No me abruma, no me abruma.

—Además, hay mujeres divinas. La Reina misma es guapísima.

—¡Marcel!

—¡Y tan divertida! Ya sabe usted que antes de casarse era *ecuyère* de circo, y se tragaba un sable, de pie, en un caballo al galope. ¡Y luego, querido Almagro, París está aburridísimo!

—¡Eso sí!

—¿Viene?

—Veremos.

—Esta tarde, a las seis, iré a su casa por usted en un Cadillac, de la Reina.

—¿En un Cadillac?

—Tiene catorce autos. Ya sabe: ropa para ocho días en vida de castillo. Puede usted traer a su ayuda de cámara, que irá en el pescante. Hasta luego.

La Reina del caballo y el Rey de los limones

De la Avenue Kléber al castillo de Ville d'Avray tardó el auto una media hora, que Marcel de la Faisandière y Diego de Almagro aprovecharon en sabrosa plática, de la cual fué principal tema aquella fantástica Reina de los limones, a cuya regia morada se aproximaban.

—Hilde, este es su verdadero nombre—decía Marcel—, se exhibía en los circos de Norteamérica como la *Reina del caballo*. Usted ve que esta mujer ha tenido siempre destinos reales. Jhon Jhonson, que desde vendedor ambulante ha sabido llegar a multimillonario, la vió en Boston y se enamoró con todo su temperamento de buey sanguíneo. Creyendo que como carne de tablas y circo sería accesible, remitió a la bella un cheque y una citación.

La muchacha respondió devolviéndole el cheque roto. Duplicó el Rey de los limones la oferta enviando un segundo cheque de cantidad mayor. Respondió la hermosa del mismo modo que la vez anterior. Sorprendido Jhonson de esta conducta, que no cabía en su testuz de hombre de negocios, práctico en alquileres de almas y cuerpos, ordenó a su secretario que se personara en el circo de la Washington Place y averiguase las pretensiones de la señorita Hilde.

El secretario retornó a su amo y señor descalabrado y con dos chichones mayúsculos, recuerdos de la visita, que tuvo a bien regalarle mistress Wilar, madre de la *Reina del caballo* y señora que por su fuerza, corpulencia y peso hubiera podido ser también madre del propio caballo. Baste decir que mistress Wilar hacía en el circo el número de la *mujer-cañón*.

Jhonson dejó de comer; aumentó su ración de wiskys hasta que su calva y su morrillo porcino, de cerdo sonrosado, se encendieron como si bajo la piel grasienta lucieran rojas lamparillas eléctricas; no podía dormir; su carácter, agrio como los limones sobre los cuales reinaba, se hizo rejalgar, y en el palacio de la Quinta Avenida toda incomodidad halló su asiento. Se quejaban los criados, lloraban las domésticas, graznaban los loros, faltos de pitanza; aullaban los perros, apaleados sin ton ni son; plañían los empleados, y hasta el gracioso negro recadero mostraba mal semblante mientras se llevaba la mano a la parte más carnosa de su persona, víctima de un descomunal puntapié que, recibido en el rellano de la escalera del tercer piso, lo llevó en volandas y como por arte mágico al portón señorial de la morada.

Mister Jhonson decidió jugarse el todo por el todo, y, con el valor de un héroe antiguo, fuese a ver a la *mujer-cañón*, pasara lo que pasara.

—Mi hija es una virtud—respondió aquélla—, y sólo entregará su belleza al marido que le dé su nombre ante Dios y ante los hombres.

—Señora—respondió Jhonson, con orgullo—: Yo soy el *Rey de los limones*.

—Y mi hija es la *Reina del caballo*—

concluyó la *mujer-cañón*. Matrimonio de iguales. Nada morganático. Y decidase pronto. O me pide inmediatamente la mano de Hilde, o se va de aquí con viento fresco, para no volver nunca más a meter la jeta en este cuarto. Conque, amiguito, ¡aire! Es a tomar o a dejar.

—A tomar, a tomar—exclamó el Rey, colorado como un globo encarnado.

—¿Se casa?

—Me caso.

—¿Cuándo?

—Cuando Hilde quiera.

—Mañana.

—Mañana.

Se hizo el contrato matrimonial, cuya primera cláusula designaba para residencia de la *mujer-cañón* una propiedad que tenía mister Jhonson en Cochinchina. Gozaron en América de su himeneo los Reyes del limón durante un par de años, y al tercero, Jhonson, que con los crecimientos del caudal enorme sintiera nacerle alas a la ambición, resolvió marchar a Europa para hacer papel en el mundo de las aristocracias cosmopolitas.

Aquí llegaron. Jhonson no tiene en la cabeza otra admiración ni otra idea que la de imitar a Napoleón, cuya historia empareja con la suya propia y cuya figura física pretende copiar. Ahora no usa gafas y anda vestido siempre de *jaquette*, prenda que recuerda el levitín del gran corso. Para copiar al vencedor de Austerlitz levanta la cabeza en actitud soberbia, mientras coloca una mano en el pecho y otra en la espalda. Pero la gente murmura que este gesto quiere decir: «¿Me veis tan rico? Pues hace diez años no tenía más que un trapo delante y otro atrás». ¡Tranquilícese, amigo mío! Jhonson está en América. Viene un mes o dos al año, porque sus negocios lo retienen allá lejos mientras su mujer conquista aquí la posición social.

El automóvil había llegado junto a las tapias de Ville d'Avray; pero aún invirtió un cuarto de hora en rodearlas, dando vuelta por fuera al inmenso parque murado, hasta encontrar la puerta principal. Sonó el *claxon* del auto, chirrió la verja abriéndose, y ambos amigos penetraron, en su coche, bajo la sombra centenaria de una avenida de robles.

El parque era noble y suntuoso como el palacio, del más puro estilo neoclásico. Bajo el pórtico solemne, de piedra granítica, esperaba un personaje enlevitado y erguido.

—Es el secretario de la Reina—había dicho Marcel a mi primo.

Dos lacayos se precipitaron para abrir la portezuela del auto y tomar las maletas. Portaban librea azul, calzón de seda rojo, medias blancas y zapatos de charol con hebilla de plata. El cuarto que destinaron a Diego de Almagro era de una magnificencia como sin duda no la conociera el propio jefe de nuestra familia en sus días de virreinato. Y lo que desde luego no conoció el Conquistador fué un cuarto de baño como el que madame Jhonson había puesto a disposición de mi primo. Todo cuanto la higiene ha inspirado para el arte de la *toilette* a la joven América, país que, a juzgar por lo que se lava, debe tener mucho que limpiar, estaba allí combinado y dispuesto entre los muros, recubiertos de costosa cerámica china y bajo el deslumbramiento de múltiples luces eléctricas.

La cena de Baltasar

Cuando en punto de las ocho Diego de Almagro, embutido en su frac, que lucía la roja cintita de la Legión de Honor, apareció en el *hall* del castillo, sólo estaban allí el árbitro de las elegancias y un señor viejuelo, de barbucha blanca.

—Nadie—había respondido, sonriendo, Marcel a la muda interrogación de mi primo—. Ese señor es nadie. No se alar-

me. No entiende el francés. Es un pintor ruso, que vino aquí hace dos años para retratar al perro de la Reina. Terminó el retrato hace mucho tiempo, y sin más preámbulos se quedó en el castillo. Nadie le ha dicho que se vaya, y ahí está, y probablemente seguirá indefinidamente... Buena mesa (aquí cada comida es la cena de Baltasar), buena cama... Y todo a costa ajena.

—¿Hay mucha gente en el castillo?

—Somos treinta invitados—respondió Marcel—. Está Su Alteza Real el príncipe Jorge de Lacedemonia, heredero del trono. A Su Alteza no lo verá usted, porque, según me acaba de decir el mayordomo, come en París esta noche, casa de Pailard. Con él han ido varias señoras, entre ellas la duquesa de Fontainebleau, que es, como usted sabe, una gran dama.

—O lleva un gran nombre por su matrimonio, que no es lo mismo—respondió Almagro—. Sé muy bien que esa duquesa es una chilena, rica en sus tiempos, arruinada después. Hoy, separada del duque y ambulante.

—¡Un gran nombre, de todos modos!

—Sí; un gran nombre. Convengo en ello y en que haga bien sobre la lista de invitados.

Marcel de la Faisandière se inclinó, satisfecho, comprendiendo el elogio dirigido indirectamente a él como director de toda la tramoya.

—Está, además, el joven marqués de Coimbra, monárquico portugués, que a consecuencia de la intencional Paiva Couceiro tuvo que desterrarse. A este joven prócer tampoco lo verá usted esta noche, porque, atacado de uno de sus frecuentes desmayos de *saudade*, está encerrado en su habitación, donde comerá él solo uno de los *menus* reconstituyentes y sustanciosos que suele encargar para entonarse cada vez que le asalta la nostalgia patriótica. Tenemos a una baronesa austriaca, que aprende el canto; a una princesa rusa, completamente auténtica, aunque no sobrada de rentas; a Su Alteza Serenísima el príncipe Milenko, emparentado próximamente con la Casa reinante de Moldavia; a un pintor ilustre, premiado con medalla de oro.



—¿Dónde?

—No importa dónde. Lo interesante es que ha sido galardonado con medalla de oro. Continúa: un banquero rumano, dos ex ministros, uno de Suecia y otro de Noruega; la noble marquesa de Port-



l'Eveque de la Morvandiére, con sus tres hijas: la interesante Mimí, la ingeniosa Fifi y la espiritual Kiky.

—Tres feas, ¿no es eso? Interesante, ingeniosa y espiritual.

—Es usted imposible. Tres muchachas encantadoras.

—¿Qué edad?

—La edad de todo el mundo: treinta y dos, o treinta y seis, o cuarenta y cinco años. ¡Qué más da! Ya sabe usted que en París la gente carece de edad. Sólo cuenta el alma, la gracia, el espíritu.

Diego de Almagro comenzó a pensar que se iba a aburrir mucho en aquella casa y que se había dejado cazar tontamente por el árbitro de las elegancias, con el único y exclusivo objeto de que su nombre aumentara el brillo de la lista de huéspedes del castillo, que, indudablemente, enviaría Marcel al *Figaro*, al *Gaulois* y al *New-York Herald*.

—En fin—dijo disimulando un bostezo—. Y toda esa gente, ¿dónde se mete? ¿Y la Reina, a quien no he visto todavía?

—Señor—advirtió el secretario presentándose en aquel punto de la conversación—: la señora Jhonson acaba de enviar un telegrama que me permite presentar a Vuestra Excelencia.

Decía así el mensaje urgente:

«El Havre (6 de la tarde).—Excúseme con príncipe Lacedemonia, duquesa Fontainebleau y otros amigos a quienes invité esta noche a comer en el restaurante Paillard. Lo olvidé. Envíe criado inmediatamente, pague cuenta comida y explique mi ausencia. Diga señor Faisandiére que también olvidé mis invitados en casa y proyecté comer en Chantilly, adonde he convidado veinte personas; pero por error *chauffeur*, que sin duda abusó wiskey, equivocamos carretera y estoy sola en el Havre, población que no conozco y donde nada tengo que hacer. Salgo para aeródromo, con intención regresar a París en aeroplano.—Hilde.»

Diego de Almagro, el árbitro, el retratista de perros, las sugestivas Kiky, Fifi y Mimí, a más de la baronesa austriaca, hermosa mujer, sonrosada y rubia, cenaron juntos en el inmenso comedor del castillo, que con sus altas bóvedas, sus enormes columnas de jaspe y bronce do-

no aparecía y servidos por una cohorte de criados que dejaban traslucir en sus rostros un mal reprimido gesto de burla.

La bella Hilde

Se acercaba el anochecer del segundo día que mi primo llevaba pasado en el castillo de Ville d'Avray sin que Su Majestad la Reina de los limones se hubiera dignado presentarse. Aunque la hospitalidad era realmente magnífica: excelente cocina, vinos caros, cigarros puros de elaboración especial, libertad completa para ir o no ir a París, para disponer de automóvil o de caballo de montar, para cazar en el parque o jugar al tenis o al golf, palcos en todos los teatros de París, cuanto el espíritu fantástico de un gorrón grandioso hubiera podido soñar, mi primo había decidido marcharse del castillo, molesto por el desdén que Diego de Almagro creía adivinar en la ausencia extraña de mistress Jhonson.

En la mesa, en los jardines, había encontrado mi primo frecuentemente a otros invitados, al príncipe lacedemonio, por ejemplo, que, quizás previendo un viaje a los Estados Unidos, donde impera la ley seca, procuraba humedecerse a conciencia de antemano con los mostos de Ville d'Avray, los cuales, a más de ser escogidos, no costaban nada. El príncipe consideraba indigno de su alta jerarquía ese gesto burgués al alcance de cualquier advenedizo rico, de abrir una cartera o un portamonedas para extraer de su contenido y entregarlo en cambio de un papel llamado cuenta. ¿Acaso Alejandro Magno usó jamás portamonedas o cartera? Dicho se está que careciendo también de estos adinículos, el príncipe de Lacedemonia no podía guardar dinero en ellos. Esto es tan indudable como que, privado de numerario, le era imposible pagar nada, por lo cual Su Alteza, fiel a los principios nobilísimos y casi legendarios de su Casa y dinastía, no tuvo jamás el remordimiento de haber pagado algo, fuera un automóvil o un tercio de cerveza. Sólo pagan los villanos.

Tanto el lacedemonio como la duquesa y los demás convidados, llevaban en el castillo una vida de hotel, de gran hotel, cuya cuenta nunca se liquida. Entraban, refan, bailaban, iban al teatro, se encargaban trajes, y hasta hubo quien pidió al secretario alguna cantidad en metálico, que después se olvidó, naturalmente, de reintegrar.

Se sabía, además, que la duquesa recibía un sueldo de 10.000 francos mensuales por vivir en el castillo; que el príncipe Milenko había exigido 15.000 por el mismo servicio, y que todos, cual más, cual menos, comenzando por el gran árbitro de las elegancias (quien cargaba con el lote mayor), pringaban o *chupaban del bote*, como murmuró para sí el madrileñísimo Diego de Almagro. Hasta el ex ministro sueco había pedido algo: una máquina de escribir, y el noruego, una bicicleta con piñón libre.

Diego de Almagro anunció rotundamente al secretario de la Reina que tornaba a París, y que ya aquella noche no cenaría en Ville d'Avray. Remontó a su cuarto y púsose a cambiar de ropa mientras el ayuda de cámara hacía las maletas.

De repente, dos golpecitos sonaron en la puerta.

—Adelante—dijo mi primo.

—¡Oh! Molesto, sin duda—exclamó una voz femenina.

Diego de Almagro se volvió sorprendido, y se encontró frente a una mujer sonriente, que mostraba la blancura de sus dientes perfectos entre dos labios muy rojos, de rojez natural y saludable. Los ojos eran grandes y azules; la nariz, un poco remangada; el cabello, castaño, tirando a rubio; pero lo más per-

sonal de aquel semblante era la expresión, entre triste y picaresca, pues mientras la maricilla, respingada, parecía reír como los labios, en los ojos había una gran dulzura melancólica que decía desilusión.

Mi primo, que había visto en el salón de baile el retrato de mistress Jhonson por Bonnat, la reconoció al punto.

—Señora...

—Sí; soy yo, mistress Jhonson, la Reina de los limones—dijo la dama—. Ya sé que no es correcto venir a su cuarto, y así de improviso, menos; pero yo no soy una mujer correcta. Me han dicho que se marcha usted—dijo cambiando de tono—, y no he querido dejarle ir sin estrecharle la mano. Pude rogarle que pasara a mis habitaciones; pero he preferido venir yo cordialmente, en camarada.

La voz era caliente y bien timbrada.

—Señora: agradezco a usted, no sólo su invitación, sino este acto de deferencia que...

—Le ruego no me hable en hombre de mundo... Me va usted a decir que se va encantado, que todo ha sido magnífico y que me da las gracias por haber pensado en usted, según el ritual de la vida de sociedad. Deje eso a un lado. Le hablaré francamente. He venido a verle porque me ha interesado usted un poco. No haga gestos. Sentémonos primero, y hablemos cómodamente ahora que su criado se ha retirado. Tenemos tiempo. Le digo que me ha interesado. Primero me dijeron que a usted no se le podía ofrecer ningún regalo como recuerdo de su estancia en Ville d'Avray, porque lo rechazaría con indignación. Esto me lo anunciaron al propio tiempo que la petición de una señora muy ilustre y respetable por su ancianidad y virtudes, quien estaba dispuesta a poner sus altas dotes a beneficio de mi situación mundana por la suma de quinientos mil francos. El contraste entre usted y la señora era grande, y convengamos que en ventaja de usted. Después, le observé el otro día, mientras paseaba solo por el parque. Me fué simpático, y ahora, para remachar el clavo, me dicen que se marcha usted de aquí porque yo no me he dejado ver. Pues aquí estoy. Míreme despacio, y vea si estoy o no a la altura de mi reputación.

Diego de Almagro, a quien el encanto cordial de aquella bella mujer iba ganando, repuso:

—Pues, francamente, sí. Me iba, porque a mí no me gusta que me traten como usted trata a sus huéspedes.

—Ellos no se quejan.

—Pues yo, sí; y si la hubiera conocido antes, siquiera de vista, entonces hubiera juzgado su conducta insoportable, espantosa y cruel.

—¡Ahí es nada! ¿Por qué? Porque gusto de la soledad y del retiro.

—Porque no hay derecho, señora mía, a ser una mujer hermosa y atractiva, hacerle venir a uno hasta este castillo y después dejarle en compañía de cuatro loros y de cuatro micos...

—¡Bonita manera de calificar a mis invitados, lo más florido del jardín de la sociedad cosmopolita!—exclamó la Reina, irónicamente.

—Dejarle a uno en esa *menagerie*, mientras la bella... anfitriona—*passer moi le mot*—se encierra en su cuarto y hasta se divierte mirándole pasear por el parque, a través de un cristal, como si uno fuera un pez raro en un acuario. Lo que siento es haberme dejado engatusar para venir aquí. Esta noche me vuelvo a París.

—¿Y si yo le pidiera que se quedara?

—Me iría.

—¿A que no?

—¿A que sí?

—Pero, no sea niño. Vengamos a razones. Yo tengo mis motivos para aislarme.

—¿Puedo preguntar cuáles?

—Puede preguntarlo y yo decírselo, porque sus maneras francas me inspiran confianza, y ya lo considero como un amigo. Mi carácter es retraído y triste. Entre la gente sufro, sobre todo entre personas que me admiten por mi dinero;



pero que en el fondo me consideran inferior y me desprecian. Yo me he educado en la calle, como quien dice, sufriendo todos los embates de la escasez y del trabajo. Jhonson me sacó de aquella vida, me dió maestros que pulieron mi espíritu y me trajo a esta existencia, que muchos envidian, pero en la que no soy feliz. Me muero de soledad y de nostalgia, y, sin embargo, tengo fama de alocada, porque como *el papel* que mi destino me obliga a representar es muy absurdo, lo olvido, hago cosas raras, soy una excéntrica.

Por el balcón entraba con la luz amarillenta de la luna de octubre toda la dulzura del parque otoñal, donde las hojas secas revoloteaban suavemente antes de posarse en tierra.

—Yo tengo el secreto de su melancolía—dijo mi primo—. ¿Quiere que se lo diga? Usted está enamorada. Usted sufre de amor.

—No es verdad. Yo muero de hastío.

En el piso de abajo se oía un tango argentino, de ritmo morbosamente triste, que los invitados se divertían en bailar mientras llegaba la hora de que el mayordomo anunciara la comida.

—Le dejo—dijo la Reina de los limones—, para que usted tenga tiempo de vestirse y comer abajo con los demás.

—Si se marcha, me voy a París en el acto.

—Entonces...

—Entonces. ¿Quiere usted complacerme? Hagamos una comidita aquí solos los dos, como viejos camaradas.

Mistress Jhonson dió un grito de júbilo y, echándose a reír como un niño a quien prometen dulces, palmoteó alegre.

—Con mucho gusto. Cenemos, charlemos y seamos excelentes amigos; pero le prohibo terminantemente que me haga la corte.

La llama

Diego de Almagro llegó a enamorarse seriamente de mistress Jhonson. Lo que al principio fué simpatía recíproca, transformóse luego en aprecio, y por último, en amor, que la proximidad del ser querido, con la libertad admitida por las



rádo a fuego y su mesa capaz para cuarenta personas, aumentaba la desolación de aquel banquete absurdo: ocho comensales, que no se conocían ni entendían, reunidos en un salón preparado para cuarenta invitados por una señora que

costumbres americanas, hizo más impetuoso y exigente. Al mes de vivir en Ville d'Avray, estaba dispuesto mi primo a quemar la casa, matar a Jhonson y raptar a la Reina, porque sólo de esta suerte hubiera podido adueñarse de aquella mujer, libre en su vida y conversaciones, libre en sus ropas y fantasías; pero perfectamente fiel a la fe que había jurado a mister Jhonson.

—Divórciese, y nos casaremos—le había propuesto el joven diplomático a Hilde.

—Usted es católico y no puede casarse con una divorciada—había respondido aquella.

—Pues entonces salte usted por todo.

—Yo no salto por nada, aunque antes saltara sobre un caballo al galope y hasta me tragara un sable—repuso ella riendo.

Diego de Almagro resolvió terminar de una vez con aquel tormento de tener a su amada constantemente al lado, sin conseguir de ella más que sonrisas, suspiros y apretones de manos.

Mi primo regresó a París; pero la distancia y la ausencia, que suelen ser remedios resolutivos de pequeños amoríos, son incentivo y soplan como viento de tormenta sobre los grandes enamoramientos; de modo y manera que mi primo tornóse, de alegre y jovial que era, en un ser desvaído, pálido y malhumorado, sin otra idea ni otra apetencia que las suscitadas por el recuerdo de mistress Jhonson.

Cierta mañana encontró mi primo un notición en el *Matin*, crudo, sin ambages, con titulares colosales: *Ruina del Rey de los limones.—Suicidio en América de mister Jhonson.—El castillo de Ville d'Avray asaltado por los acreedores.*

Diego de Almagro pegó un brinco, y debió confesar que en aquel caso mi primo no sintió la piedad que tan grande catastrófe merecía, sino una alegría desbordante. «Este cataclismo—pensó—hace posibles todos mis deseos. Mistress Jhonson, viuda, puede casarse conmigo».

Tomó el primer «taxi-auto» que acertó a cruzar por la Avenida Kléber, y en el acto se hizo conducir a Ville d'Avray.

Ante la puerta principal del parque, corros de vecindonas y desocupados charlaban y reían, mientras ya dentro de los jardines los grupos no eran de simples curiosos, sino de acreedores, golillas y comerciantes de gangas, que acechaban el momento de hacer presa. Para llegar a la casa y entrar luego en ella hubo Diego de Almagro de mostrar repetidas veces su salvoconducto diplomático a los agentes y guardias que montaban el servicio de orden.

Por el hall, donde hasta hacía pocas

horas había reinado el príncipe de Lacedemonia sobre una corte de wiskys, parecía haber pasado una tromba. Había muebles caídos, cuadros descolgados; faltaban obras de arte, desaparecidas a favor de la confusión; una cortina, desgarrada, balanceaba su herida al viento octubríno que un cristal roto de la ventana dejaba penetrar.

El secretario, aquel hombre erguido y correctísimo de la víspera, apareció en mangas de camisa. Al reconocer a mi primo, se detuvo asombrado.

—¿Usted aquí? Todos se han ido.

—¿También mistress Jhonson?

—Yo digo los invitados y... los criados, que después de producir una algarada

de Almagro tres epístolas ardientes y deshilvanadas a mistress Jhonson, que envió con recaderos, una tras otra, a Ville d'Avray.

Las Tres Marias

Un botones del Hotel le subió la carta que una señora muy vestida de negro acababa de dejar, con orden de que se la entregaran inmediatamente a don Diego de Almagro.

Mi primo, luego de haberse quedado unos minutos en suspenso con el sobre entre las manos, lo desgarró, nervioso.

La misiva era de ella, y decía: «Mi querido amigo: Desde el fondo de mi alma le doy las gracias por su visita de ayer, úni-

tra vejez llega como un derrumbamiento.

»Habría con toda seguridad un momento en que usted lamentaría haberse casado conmigo. Entonces, no tendría más remedio que apartarme de usted, huir, matarme. Evitemos, amigo mío, las tragedias grotescas y seamos razonables. Sigamos cada uno nuestro camino, señalado de antemano por la fortuna. Sólo un azar pudo cruzarnos en la vida. Ese azar pasó y cada cual vuelve a su ruta, resignado y conforme con la voluntad de Dios.

»Con la sinceridad que hablan los que van a morir—y yo parto para siempre, que es un modo de morir—, le confesaré que en toda mi vida, incluyendo mis años de opulencia, sólo tuve un mes feliz. Usted sabe cuál. Me doy por satisfecha con haber conocido ese bien del amor, aunque por corto tiempo. Otras no lo conocen jamás.

»Cásese con una mujer de su clase; sea feliz. Se lo desea de todo corazón su Hilde.

»P. D.—No se preocupe de mi porvenir. Salgo de Europa acompañada del pobre Walter, mi secretario, único de mis servidores que no me ha abandonado y que nada pide en cambio de su fidelidad. Volveré a ser la *Reina del caballo*. Ya ve usted que no pierdo en rango. Cambio sólo de cetro.

»Acuérdese alguna vez de que, desde lejos, como en Ville d'Avray, cuando escondida en mi cuarto lo veía pasearse por el parque, seguiré su existencia, sus éxitos, sus triunfos. Y el 3 de octubre, todos los años, a las doce de la noche, mire a las estrellas que llaman las Tres Marias. Nuestros ojos, a millares de kilómetros, se besarán en el recuerdo del día en que pisó usted por vez primera el castillo de Ville d'Avray.»

A Diego de Almagro la lectura lo dejó perplejo; leyó, relejó, tornó a leer. No comprendía el sentido oculto de la carta, hasta que la frase «salgo de Europa, acompañada de mi

secretario» le iluminó de repente, llenándole de rabia, de desesperada furia. Mi primo se ahogaba de cólera y de dolor. Abrió el balcón de su cuarto, por el que entró una ráfaga de la noche parisiense, ligeramente húmeda, estremecida con el lejano suspirar de los violines de un cabaret, tachonada de estrellas muy pequeñas y pálidas.

A despecho de su hombría y de su ira, mi primo alzó los ojos hacia el firmamento en busca de la constelación que el pueblo llama las Tres Marias. Y acaso tuvo la remota esperanza de que los ojos de mistress Jhonson estuvieran fijos allí también, en aquel mismo minuto.

Melchor de ALMAGRO
SAN MARTIN

Dibujos de Acusín.



de todos los diablos para ser pagados, inmediatamente han huido. En la casa no quedan más que la señora y yo.

—Deseo verla.

—Se lo diré.

El secretario partió y regresó prontamente.

—Mistress Jhonson se niega a recibirle.

—¿Se niega a recibirme?

—Y le ruega que salga usted de Ville d'Avray, adonde no tardará en llegar el Juzgado para practicar ciertas diligencias.

—Yo acompañaré a mistress Jhonson en ese trance.

—La señora le suplica que se marche.

—¿Por qué?

—Cumpla órdenes.

De regresó a su casa, escribió Diego

una limpia de bajo interés que he recibido en estos días terribles. Por si mi corazón me engañaba en sus presunciones, sus cartas confirmaron el objeto de su venida a verme. Perdóneme usted que no le recibiera; pero soy una mujer sólo relativamente valiente, y teniendo, por su bien, que decirle otra vez «no», dudé de mis fuerzas y de mi entereza, a la cual tantas apelaciones llevo hechas desde anteaer. Estoy completamente arruinada. Casándome con usted, llegaría a ser un obstáculo para su carrera y felicidad. La *Reina de los limones* sería escándalo en un Cuerpo tan sensible como el Cuerpo diplomático. Además, soy mayor que usted, más de lo que cree. Nosotras, mujeres del Norte, representamos menos años de los que tenemos, y nues-

BIENVENIDO Y LA HIJA DEL ÖGRO

ERASE un rey que gustaba de distra-
zarse de pobre y recorrer así las ca-
lles de su capital.

Una noche en que paseaba en esta for-
ma, vió una casa que tenía la puerta en-
treabierta, y se acercó a mirar.

En un salón iluminado había tres lin-
das doncellas sentadas en un sofá. La
mayor decía:

—Me gustaría casarme con el panade-
ro del rey; así tendría a mi disposición
ese pan tan blanco y fino que se fabrica
en palacio.

La segunda decía:

—Pues yo preferiría casarme con el
jefe de cocina del rey; así, además del
pan regio, podría atracarme a mi anto-
jo de guisos succulentos y sabrosos pos-
tres.

Y la tercera, que era la más bella y,
por lo visto, la más lista, decía:

—Pues a mí, la verdad, con quien me
gustaría casarme es con el propio rey;
así tendría un hijo que sería el príncipe
más bello del mundo, con cabellos de oro
y boca de fresa.

Estos deseos llamaron la atención del
soberano, hasta el punto de que quiso
realizarlos. Al otro día mandó llamar a
las tres hermanas a palacio; casó a una
con su panadero, a la otra con su jefe
de cocina y tomó a la tercera por esposa.

Pero he aquí que las dos hermanas ma-
yores, en lugar de alegrarse al ver sa-
tisfechos sus deseos, empezaron a envi-
diar la suerte de la pequeña.

Al cabo de un año, la nueva reina tu-
vo un hijo. Entonces, sus dos hermanas
entraron de noche en su alcoba y, apro-
vechando el sueño de la madre, se apode-
raron del nene, y dejaron en la cuna, en
su lugar, un grueso leño.

Cuando al día siguiente el rey fué a
conocer a su hijo y se encontró con el
madero, tal fué su irritación al ver el
singular regalo que le hacía la reina,
que mandó que la encerrasen en una to-
rre de piedra.

Entretanto, las dos malvadas habían
metido al infantito en una cesta y le ha-
bían abandonado a la corriente del río.
Pero no se ahogó: el intendente de pala-
cio lo vió por casualidad y se lo llevó a
su casa.

Como no tenía hijos, su mujer y él
acogieron con grandes muestras de ale-
gría al nene que les caía del cielo. Re-
solvieron adoptarlo; le pusieron por nom-
bre Bienvenido, y le cuidaron y educa-
ron con todo cariño y esmero.

Un día, corridos unos cuantos años,
el intendente cayó, no sé por qué, en des-
gracia: el rey le destituyó, y el pobre
hombre murió del disgusto. Su mujer,
que le adoraba, no tardó en morir de
pena, y Bienvenido se quedó solo en el
mundo.

Lloró mucho a los que él creía sus pa-
dres. Luego, como era muchacho tan
honrado, valiente y trabajador, como
hermoso y educado, resolvió buscar tra-
bajo para ganarse la vida. Cogió el di-
nero que le habían dejado sus padres
adoptivos, y echó a andar.

Anduvo tanto, que estaba rendido por
el cansancio y el hambre cuando en una
carretera se halló frente a una vieja
monstruosamente fea: tenía ojos salto-
nes como los sapos, una boca que le lle-
gaba de una oreja a otra, la nariz cha-
ta, la piel aceitosa y cuatro dientes ne-
gruzcos; además, era muy baja, muy
gorda y casi calva.

Bienvenido, que era muy cortés, la sa-
ludó y le preguntó el camino para la ciu-
dad más cercana.

—Ven a mi casa—le dijo la vieja con
una voz que parecía el rechinar de una
puerta enmohecida—; te daré de beber
y comer, y, cuando hayas descansado, te
indicaré el camino.

La casa de la vieja era una choza mi-
serable, pero tan alta que el techo se ele-

mentaba; pero en aquel momento oyeron
una especie de rugido estruendoso, que
no era sino un bostezo descomunal.

—Es el ogro, mi hermano—dijo la vie-
ja—. Escóndete y piensa en mi oferta.
Como te sigas negando, te entrego a él
para que te coma con salsa mayonesa.

Abrió un cofre, y Bienvenido se escondió
dentro. Ya el ogro entraba. Era tan
alto, que casi tocaba con la cabeza en el

—¡Contestaré yo!—exclamó Bienveni-
do, saliendo súbitamente del cofre—.
Después de todo, prefiero servirte a ti de
cena que de marido a esa horrible mu-
jer, según me lo ha propuesto.

—¿La vieja loca de mi hermana te ha
propuesto casarte con ella? ¡Ja, ja, ja!
¿Y tú la has rechazado? ¡Ja, ja, ja!—ex-
clamó el ogro con unas carcajadas tales,
que hacían temblar su enorme panza
como un flan fenomenal.

Cuando se calmó un poco, añadió:

—Has demostrado buen gusto y, en
recompensa, te perdono la vida, pero con
una condición: toma esta hacha y corta
el tronco de la encina que hay a la de-
recha de la casa.

Bienvenido salió lleno de confianza;
pero, ¡ay!, el hacha era de cartón. El jo-
ven comprendió que el ogro se había bur-
lado de él; se sentó, desesperado, y se
cubrió la cabeza con las manos.

—¡Amable Bienvenido!—gritó una ale-
gre vocecita detrás de él—. ¡No te deses-
peres!

Y vió a una muchacha muy mona, que
llevaba un vestido rojo y unas alhajas
muy raras.

—¿Quién eres?—preguntó Bienvenido.

—Soy Ogrita.

—¡Uy! ¡Qué nombre más feo!

—Me llamo así porque soy la hija del
ogro; pero yo no me como a la gente. Al
contrario, quiero salvarte.

Cogió el hacha de cartón, y de un solo
golpe partió el enorme tronco de la
encina.

—Ya eres libre; pero ¿qué me darás en
cambio?

—¡Me casaré contigo!

—¡Eso es!—exclamó la niña, batiendo
palmas—. Llévame de esta casa, donde
me muero de miedo entra la bruja de mí
tía y mi padre, que el día menos pensa-
do me comerá de postre.

—¡Trato hecho!—dijo Bienvenido, muy
satisfecho con su compañera de viaje—.
Esta noche te esperaré en el bosque.

Cuando el ogro vió el árbol segado,
frunció el entrecejo sospechando alguna
brujería. Pero como la palabra de un
ogro es cosa muy seria, dejó libre a
Bienvenido, con gran desesperación de
la horrible vieja.

Al llegar la noche, Ogrita se marchó,
dejando en la cama, en su lugar, tres de
sus hermosos cabellos.

A la mañana siguiente la bruja gritó:

—¡Ogrita, levántate!

—¡Ya salgo de la cama!—contestó uno
de los cabellos, volándose por la ventana.

Al cabo de un rato, la bruja, que esta-
ba de mal humor, tornó a gritar:

—¡Ogrita, ¿qué haces?

—Me estoy vistiendo—contestó el se-
gundo cabello, volando a su vez.

Pasó otro rato, y la vieja gritó, impa-
cientándose:

—¡Ogrita, ¿cómo tardas tanto?

El tercer cabello voló como los otros,
no sin contestar primero:

—¡Ahora voy!

Cuando la vieja notó la superchería,
Ogrita y Bienvenido estaban demasiado
lejos para darles alcance.

Al verles pasar por el bosque, los pa-
jaritos cantaban en la enramada. Ogrita,
que comprendía su lenguaje, se paró
de pronto y exclamó:

—¿Sabes lo que le está cantando esa
gorrión a esa alondra? Pues le dice que
tú no eres hijo del intendente de palacio,
sino del propio rey; que cuando naciste,



vaba muy por encima de los más altos
árboles.

—¿Qué me darás a cambio de mi hos-
pitalidad?—preguntó la vieja.

Bienvenido se apresuró a abrir su
bolsa.

—¡Quia!—exclamó la vieja—. No es oro
lo que quiero. Soy muy rica, y mi her-
mano, Ogrón, es más rico todavía. Lo
que yo quiero es casarme contigo.

Al oír esta proposición extravagante,
Bienvenido se quedó estupefacto.

—¿Es que no te gusta?—preguntó la
vieja con una sonrisa coquetona, que la
hacía mucho más horrible todavía—.
¿Es que no te quieres casar conmigo?

—¡Por nada del mundo!—exclamó el
joven con horror.

La vieja puso una cara de maldad in-
fernal, que, además, era lo que mejor le

techo, y tenía una panza tan gorda, que
le precedía a un metro de distancia.

En cuanto entró, empezó a mover las
ventanas de la mariz.

—¡Aquí huele a carne humana!—gritó.
(Sabido es que estas palabras son las
que pronuncian todos los ogros dignos
de este nombre cuando entran en una
habitación.)

—Serán los cincuenta cerdos que he
comprado para tu cena y que están en el
patio—dijo la vieja.

—¿Crees que no sé hablar?—gritó el
ogro, furioso; cuando digo carne huma-
na, no quiero decir carne de cerdo.

—Entonces te equivoca tu olfato.

—¡El olfato de un ogro no se equivoca
nunca!—gritó Ogrón hecho una fiera—.
¿Dónde está esa carne humana? ¡Con-
testa!

tus dos tías te echaron al río, dejando en tu cuna un madero, y que a causa de eso el rey mandó encerrar a la reina, tu madre, en una torre de piedra.

Bienvenido quedó estupefacto.

—¿Cómo libertar a mi madre, darme a conocer a mi padre y castigar a mis despiadadas tías?—exclamó.

—No te apures; yo me encargo de todo.

Marcharon a la capital, y Ogrita empezó a rondar el palacio real, voceando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Vendo un lente con el que se puede ver al Sol y a la Luna darse la mano en el cielo!

Tanto voceó, que el rey la mandó llamar, y le dijo severamente:

—¿Pretendes tener un lente con el que se puede ver al Sol y a la Luna darse la mano?

—Sí, señor.

—¡Pero eso es imposible!—exclamó el monarca, indignado por la impostura.

Ogrita repuso tranquilamente:

—¿Vuestra Majestad comprende que eso es imposible y, sin embargo, admitió por cierto que la reina le diera un madero en lugar de un hijo?

Y le contó lo que había oído al gorrión decir a la alondra, y trajo a su presencia a su amigo Bienvenido.

La alegría del rey fué inmensa al hallar al hijo que él no creía haber tenido. En el acto le nombró heredero del trono y mandó sacar de la torre a su mujer, que le perdonó su injusticia pasada,

pues era una esposa amante y sumisa.

Las dos malvadas hermanas de la reina fueron ignominiosamente echadas del palacio por sus propios maridos, indignados, y Bienvenido, cumpliendo con gusto su promesa, se casó con Ogrita, a quien le cambió el nombre por el de Florinda, mucho más digno de una bella e ingeniosa princesa, que en su vida se comió a nadie.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

Impresiones de un caminante.—PISA

GÉNOVA es una ciudad que se acuerda. Pisa es una ciudad que ha olvidado. ¿Qué melancolía nos inunda esta noche al deambular por su Lung'Arno, el paseo que bordea la orilla del río, en cuyas aguas nos parece absorber el primer saludo de la soñada Florencia? Una muchedumbre trivial nos envuelve. Jóvenes de elegancia provinciana forman corrillos sobre los puentes; y sus comentarios, por las palabras sueltas que nos llegan, parecen versar sobre esa morbosidad odiosa emanada de los campamentos: el fascismo...

La noche es plácida, confidencial. Las estrellas se miran, temblando, en el agua corriente. O acaso las estrellas que se agitan en el fondo del agua, nacidas a una vida precaria y fugitiva, aspiran, en imposible afán, a retornar al cielo desde donde cayeron...

Hemos recorrido los barrios incoloros de la orilla izquierda; hemos entrado en la deliciosa iglesia de Santa Maria della Spina, linda flor ojival nacida entre las dos grandes ufanías italianas: el arte romántico y el renacentista. Y hemos vuelto, en fin, a la orilla derecha. Allí, en el extremo noroeste, la reliquia de grandeza de la vieja Pisa nos atrae con irresistible seducción.

Ese grupo de monumentos no es más que un recuerdo. Pero ese recuerdo alienta una Italia personalísima, oscurecida hoy por la grandeza de las otras Italías que la precedieron y que la siguieron: es la Italia medieval, pintoresca y sangrienta, obstinada en hacer persistir una cultura ciudadana entre el hervor de las banderías adversas y esculpiendo sus duomos como inmensos cálices votivos, para que la posteridad no viera en ellos el riego de la sangre fratricida, sino el vino embriagador de su propia belleza.

Allá lejos, se descubre el mar, que fué un día la ruta de poderío de la república pisana, y que ha ido retirándose a impulsos del aluvión aportado por el Arno, después que la caída de Pisa despojó de naves su puerto. En el Campo Santo cuelgan, como un esqueleto, las cadenas que lo cerraron, arrebatadas un día por la victoriosa Génova y entregadas por ella a Florencia, que las devolvió a los pisanos.

Sobre el solar de las rivalidades etruscas, Pisa, la gibelina, continuó en la Edad Media una vaga aspiración de sentido itálico ante el romanismo güelfo. ¿Qué otra ciudad italiana podría disputar a Pisa su valor de sugestión en ese aspecto? Una trágica figura nos acecha: es el conde Ugolino, que en una torre pisana murió de hambre con sus hijos. La torre cayó, y la fuerza hegemónica de la ciudad cayó también; pero los terribles versos del *Inferno* (XXXIII, 79 y 80) se levantan como una maldición, mas también como una paradoxal ejecutoria de grandeza.

Ahi Pisa, vituperio delle genti del bel paese là, dove il sì suona.

Con todo, esta ciudad, olvidada de sí misma, guarda el germen más claro de la visión dantesca. Antes de entrar en el grupo triunfal del Duomo, el Battistero y la torre inclinada, he querido visitar el Campo Santo; y en sus amplios corredores he contemplado los frescos de los hermanos Orcagna y de Benozzo Gozzoli. Un siglo media entre aquéllos y éste: desde mediados del XIV a mediados del XV; pero en ese espacio, la fertilidad del espíritu itálico renovó su vida. Miremos una vez más el *Triunfo de la Muerte*, de Andrés Orcagna; miremos también el *Inferno*, de su hermano Leonardo. He aquí la obsesión espiritual cuyo estallido épico fué *La Divina Comedia*. A un lado, baja la airosa cabalgata de señores y damas desprevenidos. Un rumor de cortejo de caza los rodea. Salta un lebre l gracioso junto a los caballos piafantes. Hay una pompa de epifanía en ese grupo ecuestre. Pero la visión que les espera es atroz. En tres ataúdes, aparecen unas hediondas carroñas humanas. El valor de contraste surge con toda su elocuencia, con toda su eterna moraleja de ejemplario. Las miradas se fijan con horror en aquella súbita revelación del futuro destino de la carne, fuente inextinguible de placer y dolor. Un caballero, absorto, lleva sus dedos a la nariz, ante el vaho nauseabundo. Arriba, en el sendero abrupto de una montaña, se extienden, como un friso, escenas de vida errática y expiatoria, con visiones de monstruos demoníacos, prontos a la tentación. Una corza, mansamente, se deja ordeñar en la colodra de un cenobita...

La fantasía del *Inferno* es todavía más infantil. Satanás ha devorado a sus víctimas, que arden en el inmenso vientre. Así el dolor de los condenados es el del propio fuego que consume eternamente al Bajísimo. Y una verdadera pululación de tormentos completa el cuadro. Los demonios, a modo de verdugos, presentan una variedad escalofriante de torturas. El infantilismo de esa imaginación rudimentaria nos hace ahora sentir como efecto cómico lo que en la intención quiso alcanzar todo el sentido trágico del cristianismo. Pero sobre nuestra ironía flota una consideración que recata la pobreza de esa fantasía: estas pinturas son el óvulo de una de las grandes plasmaciones poéticas de la humanidad. Añadidles todo el fuego inspirador del Apocalipsis;

infundidles la herencia pagana, latente bajo este suelo estremecido por los odios fraternos, nacidos de la mezcolanza original de las estirpes; y surgirá la divina transfiguración del Alighieri. Pero tras ella y aun antes que ella, una verdadera dinastía de temas poéticos se unirá, como las abejas de un enjambre, a la pueril inventiva de esas pinturas. Las Cortes y Danzas de la Muerte; las elegías que hacen desfilar la grandeza extinguida, al modo de nuestro Jorge Manrique; las visitas al *Inferno*, hasta llegar a las formas irónicas o paródicas de Quevedo; las obsesiones diabólicas del arte flamenco, desde Jerónimo Bosch y Breughel el Viejo hasta las facecias de Teniers...

Desviemos ya la vista. Ahí están, como consolación, la Torre de Babel y la Embriaguez de Noé, por Benozzo Gozzoli. El arte florentino nos saluda como una promesa fulgurante, rayo de sol en este recinto funerario. Una sabia distribución de conjuntos desbordada con gravedad de seno maternal. En Gozzoli, como en las cacerías de su paisano Paolo Uccello, revelábase en profusión y riqueza lo que con el tiempo debía concentrarse en exquisitez y depuración. Así como el arte veneciano, ya desde sus orígenes, en Carpaccio o en Catena, tendió a la exuberancia pomposa y decorativa, hubo en el arte florentino una evolución inversa. Pero esos frescos de Gozzoli, estilizando los temas del Génesis en la indumentaria medieval, con claros atisbos del Renacimiento pagánico, tienen para nosotros la gracia ambigua de una encrucijada espiritual, en que la inspiración, perpleja entre sus tres caminos, quisiera abarcar con la mirada las opuestas lontananzas que ante ella se abren...

ELOGIO DE MI JACA

Ya va la tarde vencida.
Gran señor soy de la vida
cuando detengo mi jaca
frente a la reja florida
donde recoges la albahaca.

Huele a nardos el molino.
Cerca, voznan pavos reales
y alza el campo un vespertino
rumor de ecos musicales
a ambos lados del camino.

Llego, y estás en espera.
Como huyó la luz del cielo;
pusiste un clavel-hoguera
en la noche de tu pelo
¡para que no me perdiera!

¡Cuán se engalla y alborozas
mi jaca al sentirse en frente
de tí! Así la sangre moza
que por mis venas retoza
con ímpetus de torrente.

¡Cómo enarca el gentil cuello
la bestia, y la oreja empina!
Parece que te adivina
y que, al darse cuenta de ello,
con reverencia se inclina.

Goza de nuestros placeres;
sabe de nuestros quereres;
tu mano la acarició...

¡Te quiere porque la quieres...
y porque te quiero yo!

Cuando asoma tras la loma
y ve ya el blanco molino,
la siento que aliento toma
por acortar el camino
que nos separa, paloma.

Mi alma feliz se confiesa.
Tengo un reino en mi dehesa,
diez yuntas en mi besana
y una novia cordobesa
y una jaca jerezana.

¿No he de querer a este manso
animal que, sin descanso,
veloz me trae hasta tí,
torrente al volar aquí
y ante tí quieto remanso?...

Jaca joven, jaca pía,
la de los ricos jaeces
y la fosca crín bravía
que acarició tantas veces
tu mano, morena mía.

Y al llegar la ansiada hora,
de mi reino a ser señora
vendrás, luciendo en mi jaca
—entre perfumes de albahaca—
¡rumbos de corregidora!

Miguel de CASTRO

¿Qué decir ya de la visita al Baptisterio, a la Catedral y a la Torre? El Baptisterio es una piscina invertida, acogiendo bajo su armazón románica, decorada con superposiciones góticas, la gran pila de las primitivas immersiones rituales, como un *impluvium*. En el interior resuena la voz humana con insospechadas armonías de órgano. La Catedral, conservando la norma de la basílica pagana, extiende los trofeos de sus columnatas, que son preseas de guerra. La Torre inclinada, verdadero emblema heráldico de Pisa, parece el símbolo de la propia vitalidad ciudadana. Vacila, pero persiste. Su herencia la mantiene sobre el campamento del antiguo poderío. Las hileras de sus columnitas sugieren una armadura gigantesca sobre un torso. Y la misma violencia, vagamente grotesca, de su inclinación, parece que le comunica un no sé qué de vitalidad humana... Su esbeltez vigilante une así un gran valor de expresión, carácter y vida al prodigio marmóreo de su belleza.

Gabriel ALONSO

EL NIÑO Y EL CARRUSEL

OBLIGADOS por los gritos de asombro del niño, detuvieronse marido y mujer ante el carrusel resplandeciente que giraba, como otra luna llena, vertiendo claridades sobre la muchedumbre embelesada.

El niño, sostenido por los brazos de la madre—que era todavía demasiado pequeño para caminar entre la muchedumbre sin perderse—, gritaba, alargando los brazos a la refulgente máquina, como si quisiera apresarla en ellos:

—Mira, mamá, mira.

Y chillaba, tembloroso en los brazos maternales, como una gran golondrina.

La madre decía con voz dulce, pretendiendo aquietarle, como si al decirle el nombre le entregase ya el grandioso juguete:

—Sí, ¡el carrusel! ¡Qué bonito!

—El *rusel*...—repetía el niño; y parecía calmarse, en efecto, por la posesión del nombre...

—¡El carrusel!—añadía el padre, acariciándole la frente con su mano basta; y repetía también:

—¡Qué bonito!

Bonito era en verdad el carrusel. Nunca habían visto otro tan lindo, tan nuevo, tan flamante, tan suntuoso como aquel carrusel de pintada techumbre, sostenida por doradas columnas, entre las que cabecaban corceles de lujosos arreos y temblaban góndolas de fantásticas proas. Nunca habían visto otro tan bonito, y también ellos, como el niño, sentían un deseo inocente de subir a él, de montar en aquellos corceles, de mecarse en aquel gran columpio, que parecía arrojar de sí gavillas doradas, como las trilladoras en el tiempo de la cosecha. Sólo que el precio del billete era muy caro, demasiado caro para que pudiesen subir los tres. Habían recorrido ya toda la feria y gastado todos sus ahorros en chucherías para el pequeño. Y ahora, de pronto, encontraban aquella maravilla...

—Mamá, ¡el *rusel*, el *rusel*!—gritaba el niño, y alargaba los bracitos y forceaba, ávido de trepar a la grupa de aquellos corceles fantásticos, más bellos

y suntuosos que el caballito de cartón que le compraron sus padres cuando estuvo enfermo...

La madre acariciábale para distraerle, y furtivamente registraba sus bolsillos con la vaga esperanza de encontrar en ellos alguna moneda olvidada: mas su mano salía vacía de la honda faltriquera. Con los ojos consultaba al marido. El, hablando a medias palabras, con enojo de su pobreza, le dio a entender que sólo tenía bastante para que el niño diese una vuelta en el carrusel; pero sólo. ¡Y cómo dejarle solo, expuesto a los peligros de aquel vaivén acompasado, para que se cayese de lo alto de aquellos corceles, a cuyas crines sus manecitas tiernas no podrían aferrarse bastante! ¡Si siquiera se contentase con ir en una de aquellas góndolas que parecían cunas!

Pero el niño no quería sino subir en un caballito, y gritaba:

—¡No; en los caballos!—gozando ya con la ilusión de verse encumbrado en aquellas alturas deslumbrantes...

Pero, no; no era posible dejarlo solo. ¡Si pudiera subir la madre con él! ¡O si alguien quisiese tener cuidado con el pequeño allá arriba!

Y marido y mujer miraban con ojos implorantes a los pasajeros que subían al empavesado carrusel, y entre los que había madres con niños en los brazos; madres más dichosas que aquella madre triste... Y avergonzados los dos de su pobreza, acariciaban al niño para que callase, y querían irse de allí... Pero el niño insistía:

—¡El *rusel*, el *rusel*!...—y se desasía de los brazos de la madre y lloraba...

Estaba parado entonces el carrusel, y su dueña—seguramente era su dueña—, una mujer hermosa y rubia, de aire extranjero, vagabundo y artista, blanca y enojada como una madona, iba y venía, vigilando el pasaje y la servidumbre, entre los silbidos del motor, que remediaban las patéticas despedidas de las locomotoras. Y era tan dulce la belleza de la mujer errante, hasta tal punto parecía una madona en aquella altura en que se mostraba, no obstante su falso lujo de artista, que la madre del niño concibió una esperanza. ¡Si ella quisiera

cuidar del niño mientras giraba el carrusel! Pero no se atrevía a decirle nada, y el tímido deseo quedó temblando en sus labios como una oración.

Pasaba en aquel momento la nómada por delante del grupo familiar, y oyó los lloros del niño y se fijó en él, piadosa. Y como si se revelase en ella de pronto una antigua nostalgia de maternidades, acaso un recuerdo de cuna lejana, preguntó a la mujer la causa de aquel llanto pueril.

La madre le explicó con un poco de vergüenza...

—Se ha empeñado en montar en un caballito. ¡Y como es tan pequeño... y se puede caer! Este—añadió, señalando al marido—no quiere que subamos, y yo no me atrevo a dejarlo solo...

Ella, entonces, los miró a los dos, y lo humilde de sus ropas le advirtió del mismo conflicto. Fingió, sin embargo, discretamente, no comprender del todo, y dijo:

—Si sólo es eso, denme al niño y yo cuidaré de él.

Y alargaba, codiciosa, los brazos, semejante, sobre la alta rueda, a las madonas que salvan naufragos.

La madre, entonces, con los ojos húmedos de gratitud, entregó el niño, poniendo antes en la mano infantil, hucha rosada, las últimas monedas.

La errabunda, piadosa, acariciólo, lo acomodó en la grupa de uno de los corceles fantásticos, y a su lado, de pie, quedó, tutelar, sosteniéndole.

Silbó el motor, y púsose de nuevo en movimiento el carrusel.

Con los ojos deslumbrados vió la mujer pasar al niño una vez y otra, encumbrado en la grupa del corcel suntuoso, cuyos ijares hostigaba con sus piecitos inofensivos, meciéndose jubilosos y triunfante, sostenido discretamente por los brazos de la dulce y efímera madrina. Vió pasar así, en la gloria de aquella luz, arrullado por la música del órgano Limonaire, encumbrado, dorado por los reflejos del metal bruñido, nimbado por la cara rosada de la mujer hermosa. Con la mano se lo señalaba al marido, y murmuraba:

—¡Qué majo va!

El marido, por su parte, admiraba la

belleza de la extranjera rubia, que le parecía una mujer de otra condición, un hada buena...

El carrusel, en tanto, giraba, llenando de claridad la noche, arrojando gavillas de luz y de música.

Cuando, al fin, se detuvo, y la amable señora devolvíoles, como pesados, el niño, que ya sonreía plácido, marido y mujer tomaronle de sus manos con respeto, como si su breve permanencia en aquella esfera de luz le hubiese ungido de un nimbo perdurable y como si el contacto con el regazo de la elegante madrina le hubiese consagrado y ennoblecido.

Y, al tomar al niño en sus brazos de nuevo, vió la madre que en la palma de su manecita traía las monedas que ella le diera al subir y que la otra madre ideal había dejado como una dádiva suya en aquella hucha rosada.

Y desde aquel instante, marido y mujer sintieron nacer en sus corazones la dulzura de una leyenda prestigiosa, que siempre había de magnificar el recuerdo de la infancia del hijo, ungido entre todos los niños pobres por aquella adopción pasajera de una mujer fina y hermosa.

R. CANSINOS-ASSENS

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Librería, Caballero de Gracia, 28.

Dos libros de palpitante actualidad sobre Marruecos:

ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS, por Luis de Oteyza.

Sugestivo e interesantísimo relato del emocionante reportaje llevado a cabo en el campo moro por el director de *La Libertad*. Con interesantes fotografías.

Precio: 4 pesetas.

LA CIUDAD DE LOS OJOS BELLOS (TETUÁN), por el Dr. César Juarros.

Excelente genio espiritual del perfecto estudio del pueblo moro, obra de profunda psicología.

Precio: 5 pesetas.

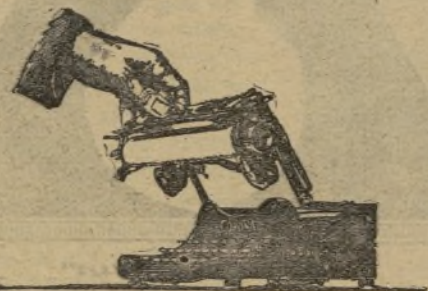
Pedidos directamente. Apartado 502

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

CORONA

La máquina de escribir perfecta

Se dobla como
— un libro —



Sólo cuesta
500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter Co. Groton
GASTONORGE C. A.—Sevilla, 16.—MADRID

Pedid Coñac Lion d'or



Medias y calcetines de todas clases a precios reducidos. LA ESTRELLA, Hortaleza, 82 (esquina a Augusto Figueroa).

Esta casa está preparando pieles confeccionadas para la próxima temporada de invierno.

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Establecimientos Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS.—ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

C. Flores

R. Leonís

Bailables
modernos



DISCOS
Salud Ruiz

Ofella
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a

FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Se vende en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17 AYALA, 60

Al por mayor

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELECTRICO
MADRID: San Agustín, 2. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

BANCO DE CATALUÑA

Rambla de Estudios, 4. - Barcelona
APARTADO 568

Valores :- Cupones :- Banca
Cambio :- Giros

Dirección telegráfica: CATALONIBANK